

la noche que sigue al día turbulento que se llama vida.—El mejor de los libros que no predica mas que igualdad, amistad, humanidad y concordia, el Evangelio, ha servido de pretexto por espacio de siglos á los furiosos de los europeos... En vista de esto ¿quién se lisonjeará de ser útil á los hombres por medio de un libro?—¿Quién querría vivir si el tiempo venidero no estuviere cubierto con un velo? Una sola desgracia prevista nos causa tantas inquietudes!—Tan necesaria es la soledad á la dicha, aun en el mismo mundo, que me parece imposible gustar un placer duradero de cualquier género que sea, ni arreglar la conducta bajo ningun principio estable, sin recogerse el ánimo á una soledad interior, de donde sale rara vez nuestra opinion y á donde nunca entra la ajená.—En esa isla, situada en el camino de la India... ¿Qué europeo se resignaría á vivir dichoso, pero pobre é ignorado? No hay mas que un lado agradable de conocer en la vida humana: semejante al globo con el que vamos girando por el espacio, nuestra rápida revolucion se verifica en un día, y una parte de este día no puede ser iluminada sin que la otra quede sumergida en la oscuridad.—La vida del hombre con todos sus proyectos se va elevando á manera de una torrecilla, cuya cúpula es la muerte.—Hay males tan terribles y poco merecidos que desconciertan hasta á las mismas esperanzas del sabio.—La paciencia es el valor de la virtud.—Los seres sensibles y afligidos tratan por un instinto comun de refugiarse á los sitios mas agrestes y desiertos, como si las rocas pudieran servir de baluarte contra el infortunio, ó si como la calma de la naturaleza pudiese apaciguar las funestas agitaciones del alma.

CAPITULO XLIII.

CONTINUACION.—ZALEUCO.—CHARONDAS.

Pitágoras fue seguido de otros dos legisladores Zaleuco y Charondas, que brillaron en la Gran Grecia, en la época de mas gloria de la madre patria.

Charondas se aplicó menos á la política que á la reforma de la moral, pues estaba en la inteligencia que el gobierno seria lo que las costumbres fuesen. Hé aquí sus principales máximas:

«Azotad al calumniador. Entregad el malvado á su propio corazón, dejándolo en una profunda soledad: sea castigado todo el que se enlace amistosamente con el perverso. El que proponga una inovación en las leyes antiguas, preséntese con un dogal al cuello para ser estrangulado en el caso de reprobarse su proyecto.

Zaleuco fundó su legislación sobre el principio del teísmo. «Dios, pide almas puras, caritativas y amantes de los hombres.» Sin embargo, las leyes suntuarias de este filósofo demuestran que tuvo muy poco conocimiento de la humanidad. Creyó desterrar el lujo y arrancar la máscara á la corrupcion, permitiendo solamente á las personas de mala vida el uso de costosos adornos. No comprendió que el ciudadano deshonrado no repararía mucho en tomar una nueva máscara para parecer hombre de bien. Para dejarle en posesion de sus vicios no merecía la pena de hacerle representar otra farsa.

CAPITULO XLIII.

INFLUENCIA DE LA REVOLUCION DE ATENAS SOBRE LA GRAN GREGIA.

Considerable y en un excelente sentido fue la influencia de la revolucion de Grecia en sus colonias de Italia. Crotona y Sibaris al caer la monarquía de Atenas estaban sumergidas en los horrores de las guerras civiles y entregadas á la rapacidad de hordas

de malvados (1). Es cosa digna de notarse, que los vástagos de un Estado aventajan siempre en lujosa é inutil vegetacion al tronco paterno. Hombres, abandonados en una playa desierta, se croen súbitamente redimidos del freno de las leyes, y al verse lejos de la vigilancia de los magistrados, se abandonan á los desórdenes de la sociedad sin tener las virtudes de la naturaleza. La fertilidad de un terreno no gastado, los eleva prontamente á la prosperidad, y de estas dos causas combinadas resulta esa mezcla de riquezas y de malas costumbres que por lo general domina en las colonias.

De todos modos no debemos dejar pasar desapercibido que la revolucion republicana de Francia aceleró la destruccion de las islas de América, en tanto que el establecimiento del gobierno popular en Atenas retardó por el contrario la de las ciudades griegas de Italia. Lamentando Atenas la suerte de aquellas desgraciadas poblaciones, las reforzó con una nueva asociacion de ciudadanos de la metrópoli que por de pronto restablecieron la tranquilidad y edificaron una ciudad á la que Charondas dió leyes. Mas esos buenos resultados fueron de muy breve duracion: el mal habia arrojado profundas raíces y no era posible extirparlo; la enfermedad del cuerpo político no podia tener otra terminacion mas que la muerte.

CAPITULO XLIV.

SICILIA.

En la extremidad de la Gran Grecia se encuentra la isla de Sicilia (2) que en aquella antigüedad contaba ya con ilustres ciudades. Nosotros no fijaremos la atencion sino sobre Siracusa que tanto figuraba en la historia de la raza humana.

Arquias de Corinto fundó esta colonia hácia el año cuarto de la décimo-sétima olimpiada. Desde aquel momento hasta la brillante época de la libertad griega, apenas se hace mencion de ella en la historia. Si la oscuridad constituye la dicha, licito nos será presumir que Siracusa debió ser dichosa. Costáronle empero muy caros aquellos momentos de tranquilidad; no parece sino que no es posible gozar impunemente de la dicha. El ser feliz solo es por excepcion y por injusticia, pues estando tasada la cantidad de bienes y males de que es susceptible la capacidad humana, no se da el bien á uno, sino aumentando la suma de los males á otro. Es el bien á manera de un préstamo: no tardará el que lo goza en tener que devolver el capital y los réditos con usura. Ejemplo son de esta triste verdad los siracusanos. Desde el momento que Jerjes invadió la Grecia, ningun pueblo presentó un espectáculo mas admirable: en aquel mismo instante principió una revolucion extraña y continua, que no acabó sino cuando los romanos se apoderaron de la metrópoli. Fue cosa bastante vulgar ver reyes que de la cumbre de la grandeza rodaban al abismo de la miseria; hoy monarcas, mañana maestros de niños... Pero no anticipemos ese grandioso asunto.

La forma del gobierno de Sicilia habia sido republicana hasta la caída de los Pisistrátidas en Atenas, y las costumbres, la política y la religion habian seguido siendo las mismas que las de la metrópoli. Ya habian figurado un historiador llamado *Antiocho*, muchos sofistas y algunos poetas, como *Stesicore*, *Parménides*, etc. Fue ademas aquella célebre isla el pun-

(1) Esto se demuestra por la muerte de Charondas, que habiendo entrado con armas en la asamblea del pueblo al volver de una expedicion contra los facciosos, se traspasó con su propia espada, por cumplir lo que el mismo habia mandado contra los que entraran armados en aquel recinto.

(2) Tuvo alternativamente los nombres de *Tinacria*, *Sicania* y *Sicilia*, y anteriormente se llamó *Pais de los Les-trigones*. (HOM. Y VIRG.)

to de reunion de todos los ingenios de la Grecia, atraidos sin duda por el oro de los tiranos que se complacian en oír sus habladurías políticas y sus disensiones literarias (1).

CAPITULO XLV.

CONTINUACION.

Hemos entrevisto ya al hablar de Cartago que la reaccion de la revolucion griega fue rápida y de larga duracion en Sicilia. Siracusa como por rechazo de la muerte de Hipias, se vió atacada por los cartagineses, y degraiciadamente al librarse de estos puede decirse que fraguó sus propias cadenas, elevando por gratitud á su general Gelon á la monarquía. Así es como á merced de las eventualidades de la fortuna, madre de las virtudes y de los vicios, de la reputacion y la oscuridad; del bienestar y del infortunio, la misma revolucion que dió libertad á la Grecia, produjo la esclavitud en Sicilia (a).

Otro asunto mas halagüeño llama nuestra atencion. Grato es fijar la vista cansada del espectáculo de los vicios, en las tranquilas escenas de la inocencia. Atravesando el mar Adriático vamos desde luego á buscar en las orillas del Danubio las virtudes que no nos ha sido posible encontrar en las riberas de Italia. Puede uno tal vez detenerse con cierto interés en medio de una sociedad corrompida; pero el corazón no se dilata mas que al hallarse entre hombres justos.

CAPITULO XLVI.

LAS TRES EDADES DE LA ESCITIA Y DE LA SUIZA (2).—PRIMERA EDAD.—LA ESCITIA FELIZ Y SALVAJE.

Los afortunados escitas, á quienes los griegos daban el nombre de *bárbaros*, habitaban aquellas regiones septentrionales que se extienden al Este de Europa y al Oeste del Asia. Un rey, ó mas bien dicho un padre, guiaba aquel pueblo errante que á manera de hijos le seguia mas bien por amor que por deber, y como que no tenian ni mas justicia que su sencillez, ni mas leyes que sus buenas costumbres, en él encontraban un árbitro durante la paz y un caudillo durante la guerra. ¿Qué habrían los monarcas vecinos ganado en atacar á un pueblo que despreciaba el oro y la vida? Dario tuvo la insensatez de hacerlo y recibió de sus enemigos el enérgico símbolo, que fue presagio de su ruina. Habiéndolos invitado á un combate sin mas motivo que su vana arrogancia, ven, le contestaron aquellos hombres tan pobres como virtuosos, ven á atacar los sepulcros de nuestros padres. No era ciertamente una presa muy apetecible para un ambicioso tirano.

(1) Píndaro daba á sus rivales en la córte de Hieron el nombre de *Cuervos graznadores*. Por otra parte Simónides referia con toda gravedad máximas políticas al tirano raquítico y de mal humor que sin duda se acordaria de que el adulador de Hiparco habia elevado á las nubes á los asesinos de aquel príncipe. Píndaro por su parte fatigaba el ingenio por celebrar los caballos de Hieron etc. ¿Cuándo sabrán los literatos sostener su propia dignidad? ¿Cuándo cesaran de adular á los tiranos, cualquiera que sea el nombre que estos tengan?

(a) No escribiré mas notas por lo tocante á las comparaciones políticas que voy haciendo en esta obra, porque ya he dicho lo bastante acerca de su frivolidad. Otro tanto digo de mis aberraciones filosóficas: acabo de hablar en ese párrafo de la influencia de la fortuna, y á los pocos renglones volveré á tomar el tono de mis propias convicciones. En eso se revela mi buena fe, y el estado de vacilacion en que se hallaba mi espíritu. Buscaba con ansia la luz, y solo me era dado encontrarla momentáneamente. (N. ED.)

(2) Presento al lector las edades salvaje, pastoril-agrícola, y filosófica y corrompida, como para darle, sin salir del asunto, un índice, una miniatura de la historia del hombre.

Libre como el ave de las selvas, el escita, sentado á la fresca sombra de sus valles, veia en derredor agrupadas las caras prendas de su carazon, y extenderse por la llanura los rebaños que constituian su riqueza. La miel que hallaba en las concavidades de las rocas, la leche de las cabras bastaban para contentar todas las necesidades de su vida; la tierna amistad satisfacía los deseos de su corazón. Cuando faltaba pasto á sus ganados, montaba con toda su familia en un carro cubierto de pieles, y al través de los bosques iba á buscar las riberas de algun rio desconocido, cuyas orillas alfombradas de verde cesped, y cuya soledad deliciosa le invitaban á fijar por algun tiempo su residencia.

¿Con que suave dulzura debian pasar las horas de la vida para aquel pueblo amado del cielo! Mil delicias desconocidas para nosotros brindaban á cada paso al hombre en su estado primitivo. Los bosques con su bóveda de follaje, los valles con su delicioso silencio, el rumor de las olas rompiéndose en lejanas playas, los últimos rayos del sol al ponerse tras de una elevada cima, son espectáculos sublimes que enaltecian su espíritu. ¿Cuántas veces entre los acebos que sombrian las orillas de un gran lago del Canadá, he visto al hijo predilecto de la naturaleza, que siente mucho y piensa poco, que no conoce mas razon que la de sus necesidades, y que llega á los resultados de la filosofía como el niño, jugando y durmiendo. Sentado, libre de toda inquietud en la puerta de su choza, ni siquiera se cuida de contar los dias que van pasando. La llegada de las aves de paso, no le hace suspirar por el año que acaba de perder, ni las nieblas de otoño no le anuncian sino la llegada de los hielos. En la frente del indio afortunado, hasta en el fondo de su alma, no se revela como en la nuestra esa expresion inquieta y agitada: solo expresa su rostro un ligero afecto de melancolía propia del exceso de felicidad y que acaso no es mas que el presentimiento de su incertidumbre. Alguna vez por aquel instinto de tristeza particular de su corazón, se le sorprende como abismado en reflexiones, con la vista fija en alguna corriente, en una mata agitada por el viento ó en las nubes que vuelan fugitivas por encima de su cabeza y que como hemos dicho en otra parte pueden ser comparadas con las ilusiones de la vida. Al dispartar de aquellas abstracciones, al volver en sí mismo le he observado muchas veces mirando tierna y agradecidamente al cielo, como tratando de buscar alguna cosa desconocida que cuida de la suerte del pobre salvaje.

Buenos escitas, ¿por qué no habreis prolongado vuestra feliz independencia hasta nuestros dias? Entre vosotros habria yo ido á buscar un asilo contra la tempestad. Lejos de las insensatas disputas de los hombres, mi vida se habria deslizado plenamente tranquila en vuestros desiertos, y mis cenizas honradas tal vez con vuestras lágrimas, habrían encontrado en vuestros solitarios bosques la pacífica tumba que les rehusará la tierra de la patria (b).

CAPITULO XLVII.

CONTINUACION DE LA PRIMERA EDAD. LA SUIZA POBRE Y VIRTUOSA.

El viajero que por primera vez entra en el territorio de la Suiza va trepando penosamente por alguna cuesta cóncava y oscura, cuando de repente á la vuelta de un bosque se presenta como por encanto á sus ojos una vasta extension de terreno bañado enteramente de claridad. Las cimas de los Alpes cubiertas de nieve parecen columnas de alabastro en que des-

(b) Este capítulo está casi íntegramente reproducido en el *René*, en la *Atala* y en algunos párrafos del *Genio del Cristianismo*. (N. ED.)

cansa la azulada bóveda del firmamento. De lo alto de las heladas montañas descienden torrentes y rios cristalinos; agitanse pendientes de las enormes masas de granito, las plantas que vegetan en las hendiduras de las rocas; los gamos saltan por encima de la catarata; desde la cornisa de una roca extiende al aire su ramaje un grupo de antiguas hayas; las hiedras festonean el mármol que algun día rodó con estrépito desde la cima mas elevada; allá en el fondo de los abismos levantan su gigantesca cabeza los pinos y en medio de toda esa variedad en medio de todos esos contrastes aparece en el fondo al través de los álamos del valle la cabaña del suizo agrícola y guerrero.

Cuando las costumbres de un pueblo tienen analogía con el paisaje que animan, son duplicados nuestros goces. El antiguo cultivador de la Helvecia en medio de aquellas vegetaciones alpinas, tanto mas robustas, cuanto mas combatidas por los vientos, se arraigó vigorosamente en sus montañas conservando su libertad con tanto mas denuedo, con cuanto mas ahinco se empeñaron los tiranos en hacerle doblar su altiva frente. Adorar á Dios, defender el suelo patrio, cultivar su campo, amar á la esposa y á los hijos que el cielo le diera, he aquí la profesion de fe religiosa y política del suizo. Ignorando como el escita el valor del oro (1), no consideró que hubiera cosa digna de mayor aprecio que su independencia. Si alguna vez se dejaba ver en alguna morada de los reyes, su traje era sencillo como el de los aldeanos, y sus maneras francas como las de un hombre que no conoce dueño (2). «He visto, dice Felipe de Comines un embajador de ese pueblo (Suiz) cuyo traje era el mas

(1) Después de contar Felipe de Comines la batalla en que Carlos el Temerario, duque de Borgoña, fue muerto por los suizos, refiere algunas anécdotas ocurridas al apoderarse del botín para probar la ignorancia en que se hallaban los vencedores, respecto de objetos de gran valor como el haber vendido por un florin un diamante que llevaba el duque, y que era uno de los de mas quilates que en aquella época se conocían.

(2) Cométese por lo regular un error por lo tocante á los autores de la independencia de los suizos. Los tres grandes patriotas que dieron libertad á su país se llamaban Stauffer, Melchtal y Gautier-Furst. Las trágicas escenas que preludieron la insurreccion de la Helvecia, están latamente descritas en la *Helvetiorum Respublica*, que segun creo es de Simler. Ofrecen dichas escenas el mas alto interés. La aventura del viejo Enrique, á quien el gobernador de Landenberg mandó arrancar los ojos; la del noble Wolfenschiz con la mujer del labrador Conrado, y la sorpresa de varias fortalezas de los duques de Austria por los aldeanos tienen un colorido de romanticismo, que combinándose con las grandes escenas de los Alpes, producen un vivo interés. Por lo tocante á la anécdota de la manzana y Guillermo Tell, es bastante dudosa. Grammaticus en la historia de Suecia, cuenta exactamente el mismo suceso relativo á un aldeano y á un gobernador sueco. Yo citaria ambos pasajes sino fuera por su demasiada longitud. Puede verse el primero en Simler (*Helvet. Resp.*, libro 1, p. 58); el otro existe íntegramente al fin de *Cokés Letters on Switzerland*. En la p. 62 de la coleccion intitulada: *Codes Juris Gentium*, publicada por Guillermo Leibnitz en 1595, se encuentra el tratado original de alianza entre los tres primeros cantones, Uri, Schwitz y Underwalden: en ellos se lee: «Primero de marzo despues de San Nicolás 1515: En Nombre de Dios, Amen..... Nosotros los aldeanos de Hury, de Schwitz y de Underwalden..... nos obligamos, mediante dichos juramentos, á no tolerar ni consentir ser gobernados por señores, ni recibir como tal á ningun príncipe. Si alguno de nosotros dañase á otro por loco, es decir, aparentando serlo, y obrando en realidad temeraria y maliciosamente, jamás el tal será reputado como paisano nuestro.» La virtud de aquellos buenos habitantes está caracterizada magníficamente en este rasgo. De paso haré la singular observacion de que la ortografía de los documentos del siglo á que pertenece el anterior escrito (el XIII) es mucho mas fácil de leer que la del XV. Igual observacion he hecho en las antiguas baladas escocesas, que se entienden mucho mas fácilmente que el inglés del mismo período. En otro lugar sacaremos consecuencias de esta observacion. (N. ED.)

humilde, y sin embargo decia su parecer como cualquiera otro.»

Los escitas en el mundo antiguo, y los suizos en el moderno llaman la atencion de sus contemporáneos por la celebridad de su inocencia. Sin embargo, su diverso género de vida debió producir alguna diferencia en sus virtudes. Los primeros, como pastores, amaban la libertad por ella misma, y los segundos, como agricolas, la amaban por sus propiedades. Aquellos no habian salido aun de la pureza primitiva; estos habian ya dado un paso hácia la civilizaci6n. Los unos poseian la felicidad del salvaje; los otros la iban substituyendo poco á poco con goces convencionales. Acaso esa felicidad que solo puede hallarse en el limite donde el estado de la naturaleza concluye y la sociedad principia, sería la mejor si pudiese ser duradera. Mas allá de los limites sociales los pueblos permanecen por algun tiempo á una misma distancia de nuestras instituciones, mas apenas han salvado la línea divisoria, caminan precipitadamente hácia la corrupcion sin poderse detener.

Así es como á despecho de uno mismo, hay que detenerse á contemplar el cuadro de un pueblo que se halla contento. Parece que ocupándonos de la felicidad que disfrutan los otros, nos apropiamos alguna parte de ella. Adherimonos á cuanto nos rodea y menos vivimos en nuestras propias sensaciones que en las de los otros. A este motivo es preciso atribuir la pasion que los miserables demuestran á los muebles, á los árboles y á los animales. El hombre sediento de felicidad, y desgraciado las mas veces lucha sin cesar contra los males que le sumergen. Así como el marino que lucha con las olas, se agarra ansiosamente al que tiene al lado para salvarse aunque sea á costa suya. Si aun este recurso le falta, se aferra al recuerdo de sus pasadas felicidades, y de ellas se sirve para ir sobrenadando en un mar de dolores.

CAPITULO XLVIII.

SEGUNDA EDAD.—LA ESCITIA Y LA SUIZA FILOSÓFICAS.

Si me hubiera detenido en este punto habria deseado dejar al lector una completa ilusion. Mas al trazar el cuadro de la felicidad humana, apenas asoma á los labios la sonrisa cuando los ojos estan ya preñados de lágrimas.

No hay asilo que esté completamente al abrigo de las opiniones políticas, ni mares, desiertos, ni distancias que las detengan. Las de la Grecia republicana agitaron tambien los bosques de la Escitia; y ahuyentaron la felicidad de sus pacíficas moradas.

La inocencia de un pueblo puede ser comparada con la sensitiva, que al solo contacto marchita todas sus hojas. La desgracia de los escitas consistió en haber producido filósofos que ignoraron esa verdad. Zoroastro en una época desconocida introdujo entre ellos un sistema de teología, cuyos principales artículos eran los siguientes: existencia de un Ser supremo, inmortalidad del alma y predestinacion de los héroes que sucumbian en el campo de batalla.

Este padre de la sabiduría de los escitas fue seguido de Abaris, como diputado de su nacion en Atenas. Profesó este último la medicina, y suponía que viajaba por el aire en una flecha que Apolo le habia dado. Fue célebre en los primeros siglos de la Iglesia por haber sido opuesto á Jesucristo por los platónicos.

Abaris tuvo por sucesor en reputacion á Toxaris que abandonó á su mujer y á sus hijos para ir á estudiar á Atenas, donde murió honrado por sus virtudes y probidad.

Pero el corruptor de la antigua sencillez de los escitas fue Anacarsis que llegó á creer que sus compatriotas eran bárbaros porque vivian en el estado de la naturaleza. La filosofía de Anacarsis era de aquellas

que nada ven mas allá del límite de sus opiniones. Llevado de su entusiasmo á la Grecia abandonó su patria y fue á instruirse al lado de Solon en el arte de dar leyes á los que ninguna necesidad tenían de ellas. No tardó en granjearse el nombre de *sabio*, tan poco conveniente á la naturaleza humana, y se dió á conocer por sus máximas. Solía decir que la viña produce tres frutos: el primero el placer, el segundo la em-

braguez, y el tercero el remordimiento. A un ateniense de mala reputacion que le echaba en cara su origen bárbaro le contestó en cierta ocasion. Yo debo avergonzarme de mi país; pero vos avergonzais al vuestro. El orgullo y la bajeza de esta expresion son intolerables; el que pueda cometer la bajeza de reneegar de su patria no merece ser escuchado por ningun hombre de bien. Decía tambien aquel filósofo que las leyes



CULTO DE TEUTATES.

CAPITULO XLIX.

CONTINUACION.—TERCERA EDAD.—LA ESCITIA Y LA SUIZA CORRUMPIDAS.—INFLUENCIA DE LA REVOLUCION GRIEGA EN LA PRIMERA, Y DE LA FRANCESA EN LA SEGUNDA.

son parecidas á las telas de araña, que se rompen al impulso de las moscas grandes y solo detienen á las pequeñas. Escribió un tratado en verso del arte de la guerra, y un código de instituciones escitas. No es enteramente cierto que sean suyas las cartas que llevan su nombre.

Segun acabamos de ver la filosofía fue el primer grado de corrupcion de los escitas. Cuando los suizos eran virtuosos, ignoraban tambien las ciencias y las artes. Así que empezaron á malearse sus costumbres aparecieron los Haller, los Tissot, los Gessner y los Lavater.

Acabamos de ver que en el seno de Escitia nacieron hombres que creyéndose mejores que el resto de los ciudadanos se pusieron á moralizar á expensas de su felicidad y la de sus compatriotas. La revolucion republicana de Grecia acabó de dar impulso á aquellos caracteres turbulentos, influyendo poderosamente en el destino de los pueblos normandos. Los Abaris y los

CAPITULO L.

LA TRACIA.—FRAGMENTOS DE ORFEO.

Anacarsis, henchidos del vano saber adquirido en las escuelas de Atenas, llevaron á su país una multitud de opiniones é instituciones extranjeras con las cuales corrompieron las costumbres nacionales. Las innovaciones, aun siendo ventajosas no pueden contenerse en un límite reducido: para desnaturalizar á los salvajes, basta introducir entre ellos cualquiera innovacion, un miserable torno de alfarero.

Anacarsis pagó esas innovaciones con su vida (1), mas no por eso dejó de fermentar el germen de ellas hasta que al fin cansados los escitas de su afortunada inocencia apuraron el veneno de la vida civil (2). Amarga le parece esta al hombre acostumbrado á la libertad de los bosques; mas apenas la costumbre empieza á hacérsela soportable la abraza con una especie de frenética manía: infiltra el veneno hasta los huesos, y en el delirio que produce le hace ver á la imaginacion turbada un extraño mundo poblado de fantasmas y borra de su vista todo espíritu de sencillez, justicia, verdad y bienestar (3).

El torrente de males de la sociedad no se precipitó sobre los escitas por un solo raudal. Aquellos pueblos guerreros y pastoriles hicieron tráfico de su sangre con las naciones vecinas (4), demasiado débiles, ó demasiado cobardes para defenderse con sus propias fuerzas. Atenas sostenia un cuerpo de tropas escita (5) asi como los reyes de Francia se han rodeado durante mucho tiempo de bizarros aldeanos de la Suiza. Parece que los habitantes del Danubio y los de Helvecia tuvieron la suerte comun de distinguirse en sus tiempos de inocencia por las mismas cualidades, la lealtad y la sencillez (6), y por los mismos vicios en los dias de corrupcion, por el amor al vino y la sed del oro (7). Estos dos pueblos derramaron por el oro su sangre en cuestiones ajenas á su patria (8). Permaneciendo neutrales en las grandes revoluciones de los Estados que los rodean, se han enriquecido con las calamidades de otros pueblos, estableciendo un banco sobre las calamidades humanas. Sometidos en un todo á la misma fatalidad, debieron la pérdida de sus costumbres á los pueblos que mas semejanza presentan entre sí en la historia antigua y moderna, los atenienses y los franceses. Siendo á la vez objeto de aprecio y de burla, de esas naciones satíricas, el montañés de los Alpes y el pastor del Danubio aprendieron á avergonzarse de su sencillez en París y en Atenas. No tardó en estrellarse toda su antigua virtud en el escollo de las revoluciones. Solo queda en la historia una tradicion de ella como los masteleros de un buque que ha naufragado (a).

(1) Su hermano lo mató con una flecha estando cazando.

(2) STRAB., lib. VII, p. 531.

(3) ESTR., lib. VII, p. 531.

(4) Con frecuencia hablan los historiadores antiguos de los escitas, como de soldados mercenarios en los ejércitos de los persas, (Véase HEROD. y JENOF.) En Francia fue Luis XI el primer soberano que los empleó en su servicio. (Véanse las MEM. de Phil de Com.)

(5) SUIDAS, Topar.

(6) DAVILA, *Histor. del Guer. civil de Franc.*, tom. III, p. 282.

(7) JUSTIN., lib. XI, cap. XI.

(8) STRAB., ATHEN., lib. XI, cap. VII, p. 427. Dice de la Suiza. En Atenas se decía: BEBER COMO UN ESCITA; y en París: BEBER COMO UN SUIZO.

(a) Estos tres capitulos sobre las tres edades de la Escitia y la Suiza, son, por decirlo así, hijos de la superabundancia de un espíritu que se complace en el examen de la naturaleza, pero así como las tres cuartas partes de la obra nada tienen que ver con el objeto del *Ensayo*. Yo en aquella época era como Rousseau gran partidario del estado salvaje, y nada amigo del estado social. Posteriormente me fui reconciliando con los hombres, y en la actualidad pienso, como otro filósofo del siglo XVIII, que lo *superfluo es una cosa bastante necesaria*.

En esos capitulos hay pensamientos, imágenes y hasta

El Danubio separa la Escitia de aquellas regiones que descienden en forma de anfiteatro hasta las riberas del Bósforo. Ese país conocido con el nombre general de *Tracia*, y conquistado por Dario, hijo de Histaspes (9), se dividia en varios pequeños reinos, bárbaros unos y civilizados otros. Muchas colonias griegas habian transportado las artes (10), á ese país, y Milciades lo honró largo tiempo con su presencia (11).

Muy poco es lo que sabemos de sus primeros habitantes, no siendo que se habian distinguido por su crueldad y aficion á la guerra. Una de sus costumbres nos parece digna de referirse, y es que al nacer un niño, los parientes se reunian y derramaban copioso llanto (12). Esta costumbre es tan filosófica como interesante.

A este país debió la Grecia su mas antiguo y acaso el mejor de sus poetas (13). No hay lector que ignore lo que la fábula ingeniosa refiere de Orfeo. Es de creer que toda la magia de los prodigios atribuidos á su musa consistia en una verdadera pintura de la naturaleza. Vivió ese poeta en un siglo medio salvaje (14), cuando por primera vez empezaba el desmoronamiento de los terrenos. Estarian sin duda siempre fijas sus miradas en el grandioso espectáculo de los desiertos, en donde algunos árboles derribados al extremo de un surco mal trazado en la orilla de un bosque, anunciarian los primeros esfuerzos de la humana industria. Semejante involucionacion de la naturaleza antigua y de la agricultura naciente, de un campo cubierto de espigas, entre las malezas del bosque, y de la choza cubierta de paja al lado de la cabaña, cubierta con cortezas de árbol, debió ofrecer á Orfeo, imágenes acomodadas á la ternura de su númen, y cuando el amor acabó de dar un tono melancólico á sus acentos (15), es de creer que su voz poéticamente hablando, llegó á enternecer las encinas, y á conmovier al mismo tártaro.

De las muchas obras que se atribuyen á ese poeta, no son en realidad suyas (16), sino los fragmentos que voy á transcribir. Los *Argonautas* no lo son.

« Todo lo que pertenece al universo: el inmenso arco de la bóveda de los cielos, la vasta extension de las indómitas olas, el tártaro profundo, los rios y las fuentes, y hasta los mismos inmortales dioses y diosas han sido engendrados en Júpiter »

Júpiter tonante es el principio, el medio y el fin; Júpiter inmortal es varon y es hembra; Júpiter es la tierra inmensa y el cielo estrellado; Júpiter es la dimension de todo cuerpo, la energia del fuego y la superficie del mar; Júpiter es rey y padre universal de cuanto existe. Es uno y es todo, porque ese todo está contenido en el ser inmenso de Júpiter (17)

Difícil seria expresar con mas grandeza un asunto mas sublime.

Como provincia del imperio de los persas, la Tracia no pudo librarse de las desgracias que la revolucion griega causó al género humano. Puede juzgarse del daño que causarían tres millones de soldados sin dis-

expresiones que han sido reproducidas en otras obras mias. (N. ED.)

(9) HEROD., lib. IV, cap. CXLIV.

(10) *Id.*, lib. VI.

(11) *Id.*, *Ibid.*, cap. XI; LACT., lib. VIII.

(12) JULIAN., in *Cesaribus*.

(13) HEROD., lib. V.

(14) DIOD., lib. IV, cap. XXV.

(15) VERG., *Georg.*, lib. IV.

(16) Tampoco es enteramente cierto, pero muy probable que ese fragmento lo sea. Ciceron negó la existencia de Orfeo.

(17) De *Poes.*, *Orphic.*; APUL de *Mundo*. Pueden verse algunos otros pasajes en los *Poetas Minor. Græci*, página 459.

ciplina, al pasar por sus campos; pero afortunadamente los tracios resguardándose en la espesura de las selvas y en sus costumbres salvajes, pudieron librarse de la accion prolongada de la caída de la monarquía de Atenas (1).

CAPITULO LI.

MACEDONIA.—PRUSIA.

Cerca de la Tracia se encontraba el pequeño reino de Macedonia, cuyo destino presenta singulares semejanzas con la Prusia. Por de pronto siendo tan oscuro como la patria de los caballeros teutónicos, no era conocido de los demás Estados griegos sino por la proteccion que tenian á bien concederle. Pero engrandeciéndose poco á poco con las conquistas, aumentó en la misma proporcion que la del electorado de Brandeburgo, y finalmente en tiempo de Filipo se hizo dueño del resto de la Grecia y en tiempo de Alejandro del universo. Nadie puede conjeturar á dónde puede llegar la Prusia, siguiendo su sistema actual de gobierno (a).

Un mismo espíritu parece haber animado á los soberanos de esos dos países: la guerra, y particularmente la política, fueron sus rasgos característicos. La historia nos pinta á los reyes de Macedonia cambiando de partido segun los tiempos y circunstancias (2), adormeciendo la vigilancia de sus vecinos por medio de tratados é invadiendo sus territorios en el momento menos pensado (3). En otra parte hablaré del monarca que ocupaba el trono de Macedonia cuando ocurrió la expedicion de Jerjes.

En la época cuya historia estamos trazando, eran las costumbres y religion de los macedonios parecidas á las de los demás griegos. Solo que hallándose mas próximos que estos á la barbarie, y por consiguiente no tan inmediatos á la corrupcion, no habian producido aun ningun filósofo, cuyo nombre merezca mencionarse.

Nadie podrá negar que la caída de Hippias en Atenas acarreó serios resultados respecto de Macedonia. Aprovechándose el político Alejandro de las calamidades de su época, supo manejarse diestramente entre los persas y los griegos, y en tanto que estos se desgarraban mutuamente, él recibia el oro de Jerjes (4) y protestaba amistad á sus enemigos. De este modo supo Filipo conservar tranquilo á su país y enriquecerse con los despojos de todos los partidos, estableciendo mientras que estos se extenuaban en guerras tan funestas las bases de la futura grandeza de Alejandro. ¡Inexplicable coincidencia! Jerjes huye en Salamina derrotado por el espíritu de la libertad, y entre tanto su oro, quedando acumulado en un pequeño Estado de la Grecia, sirve para destruir esa misma libertad y arruinar el imperio de Ciro!

CAPITULO LII.

ISLAS DE LA GRECIA.—JONIA.

Entre las costas de Europa y Asia se encuentran

(1) Es célebre un rey de Tracia por haber seguido el partido de los griegos, y haber mandado sacar los ojos á sus hijos que siguieron las banderas de Jerjes.

(a) Muchos destinos ha trastornado el soldado heredero de la revolucion. (N. ED.)

(2) HEROD., lib. V, cap. XVII, XXI. Amyntas, que tuvo la bajeza de entregar sus mujeres á los diputados de Dario, permitió á su hijo Alejandro degollar á esos mismos diputados, y ese mismo Alejandro tuvo la destreza de conservar á pesar de ese ultraje el favor de Jerjes, sucesor de Dario. (HERODOT., lib. V, cap. XVII, XXI.)

(3) DIOD., lib. XVI.

(4) DIOD., lib. XVI; JUST., lib. VII; POLLÆN., *Stratag.*, libro IV, cap. XVI.

una multitud de islas que en el tiempo á que nos referimos estaban habitadas por diferentes pueblos de la Grecia. No me propongo describirlas, puesto que componen parte del mismo imperio de los griegos, y quedan por lo consiguiente comprendidas en lo que he dicho acerca de la revolucion general de estos últimos.

Es, sin embargo, preciso hacer algunas observaciones por lo tocante á las diferencias morales y políticas que podian existir entre esos isleños y sus compatriotas en los dos continentes de Europa y Asia en el momento de la invasion de los persas.

La mas considerable y célebre de esas islas era Creta. Sabido es que Licurgo calcó en ella sus instituciones sobre las de Minos; mas las leyes de este monarca habian ya por diversas causas perdido su vigor (5). Una democracia turbulenta habia usurpado el puesto de un gobierno monárquico mixto (6), y los cretenses estaban reputados en tiempo de la expedicion de Jerjes por el pueblo mas falso é injusto de la Grecia. Negáronse á socorrer á los atenienses contra los medos (7).

Las demás islas sometidas simultáneamente á pequeños tiranos, ó sumergidas en la democracia, andaban oscilando en un estado perpetuo de trastornos. Rodas se distinguia por su comercio (8), Lesbos por su corrupcion (9), y Samos por sus riquezas. Algunas de estas se incorporaron espontáneamente á los persas; otras fueron subyugadas, y el menor número de ellas siguió denodadamente el partido de la libertad (10). Pueden, por decirlo de una vez, ser considerados esos isleños de la Grecia como el término medio entre la virtud de Esparta y Atenas y los vicios de las ciudades jónicas, ó como el punto de transicion de las buenas costumbres de los lacedemonios á la corrupcion de los griegos asiáticos. Ya veremos por lo tocante á estos últimos, como se convirtieron en causas de la guerra médica. No considerándolos aquí mas que bajo el aspecto moral, puede decirse que no existia virtud entre los pueblos de la Jonia. Al considerarlos tan voluptuosos, ricos y enervados por las delicias del clima, hubiera podido creerse que eran lo mismo que aquellos viles esclavos que Jerjes traia en su comitiva.

CAPITULO LIII.

TIRO.—HOLANDA.

De manera que despues de haber dado la vuelta á Europa entramos finalmente en Asia. Antes de describir las grandes escenas que va á presentarnos la Persia, tenemos que decir algo acerca de una potencia marítima que á pesar de haber estado sometida al imperio de Ciro, representó en la antigüedad un papel demasiado interesante para que nos podamos excusar de consagrarle un artículo.

Al salir de las ciudades de la Jonia y avanzando á lo largo de las costas del Asia Menor hácia el Norte, se encuentra Tiro, ciudad famosa en todo el Oriente por su comercio y sus riquezas.

Dícese que Hipsuriano allá en los siglos mas remotos fue el que puso los cimientos de esta capital de la Fenicia (11). Determinóse este país á seguir el comercio por la misma circunstancia que ha impellido

(5) ARIST., de *Rep.*, lib. II, cap. X.

(6) *Id.*, *Ibid.*

(7) HEROD., lib. VII, cap. CLXIX.

(8) STRAB., lib. XIV, p. 634.

(9) ATHEN., lib. X.

(10) PLAT., in *Pericli*.

(11) SANCONIATON apud EUSEB., *Præpar. Evangel.* Dando mas crédito á un historiador fenicio en lo relativo á su país que á las de otras naciones, no sigo la opinion general segun la cual Tiro provino de una colonia de Sidon.